

hombre es un agente del condestable y de Diana de Poitiers? ¿Quién sabe si viene á matar á vuestro esposo?

María dejó caer el rostro entre sus dos manos, y echó á llorar amargamente.

—Las sospechas de V. M. no pueden herirme, dijo Paré, pues todos saben que yo, en vida de vuestro augusto esposo, iba á operar al enfermo; no obstante, dado caso que esas sospechas existan, no puedo insistir más, y me retiro, en la seguridad de que el rey vivirá pocas horas.

—¡Oh, no; no os vayais! exclamó la jóven reina levantándose y asiéndole del brazo; se hará todo lo que queráis; pero ¡salvadle, salvadle!

—¿Vos me mandais, señora, que haga lo que la ciencia me ordena?

—¡Sí, y mil veces sí!

—Que esté todo preparado para las ocho de la noche; yo vendré con dos ayudantes: que estén las puertas guardadas, y que haya además en cada una un hombre dispuesto á extrangular al primero que grite...

Catalina se arrojó como una hiena hacia Ambrosio Paré, que concluyó:

—¡Al primero que grite... *sea quien sea!* Va en ello la vida del rey.

Salió, dicho esto, de la cámara real, seguro, como todos los presentes, de que se había jugado la cabeza si el rey moría.

XVIII.

Fatídico, sepulcral silencio reinaba en el Louvre á las siete de aquella noche.

Las puertas de la cámara del rey se hallaban guardadas por diez hombres cada una, y en la galería se paseaba la guardia escocesa de la reina, que desde su llegada á Francia no la había abandonado, y que conservaba toda su feroz sencillez.

Los montañeses tendían sus negros ojos en derredor suyo, y se paseaban sin ruido, pues iban calzados de sandalias, cuyas delgadas correas se cruzaban sobre sus piernas desnudas y subían hasta la rodilla.

María les había llamado y les había dicho:

—¡Hijos míos, á vosotros encomiendo la vida del rey; se le va á hacer una operacion terrible en la cabeza: si entra gente en la cámara, si oye algun rumor que le haga mover, la misma mano salvadora que le opera puede matarle; no dejeis acercar aquí á nadie, y si es necesario, valeos de la fuerza; ya sabéis lo que el rey os ama, sólo porque sois cosa mia: ya sabéis que prefiere vuestra leal custodia á la de los franceses; guardadle hoy que se halla enfermo; su vida depende de vosotros!

Los escoceses se inclinaron, como un campo de arbustos agitado por la suave brisa primaveral.

—Os tengo que advertir, prosiguió la reina, que de esta medida no se halla exceptuado nadie; ni S. M. la reina madre, ni SS. AA. los príncipes, pueden entrar: éstos no lo intentarán; mas aquella...

María calló, sin saber qué forma dar á su pensamiento.

—No entrará, dijo el capitán de la guardia; V. M. puede estar segura.

—Nada más os digo, prosiguió María: cuando el rey esté mejor, él y yo nos iremos con vosotros á nuestra bella Escocia durante dos meses, y allí convalecerá más pronto.

María desapareció dicho esto, y la galería quedó bien guardada, volviendo ella al lado de su marido.

Éste, gracias al cordial que cada hora se le había administrado, parecía haber adquirido algunas fuerzas; no obstante, el terrible derrame seroso era visible, y su lívida palidez lo decía bien claro: los ojos apagados y tristes, los labios marchitos, el cabello erizado, las sienes cubiertas de helado sudor; Francisco se asemejaba á un agonizante más bien que á un risueño y gentil adolescente que acababa de cumplir dieciocho años.

La reina se había puesto un vestido de muselina blanca, para moverse con tan poco ruido como si fuera una sombra, y se hallaba sentada al lado

de la cama de su marido, que la tenía asida de la mano y no le hablaba una palabra.

A las siete y media sonó un leve ruido en la puerta pequeña de la cámara, que era la que daba al gabinete de tocador de María: se oyó dar vuelta á una llavecita, y un instante despues apareció Paré, seguido de sus dos ayudantes.

Saludó á la reina y se inclinó sobre el lecho, contemplando al rey.

Este abrió pesadamente los ojos y dijo:

—Estoy dispuesto, señor Paré.

—No tema V. M., dijo el médico; la operacion es corta.

Y volviéndose hacia sus ayudantes, que disponían con gran actividad los vendajes y los instrumentos, añadió:

—¡Pronto, pronto; venid aquí, y alumbradme uno por cada lado con esas lámparas de plata! Vos, señora, acabad de disponer los vendajes.

—¡No, María; no te separes de mí! murmuró el rey con voz débil; ¡necesito sentir tu mano entre las mias!

—Aquí estoy, mi querido Francisco, dijo la reina; ¡no me alejaré de tu lado!

La voz espiró en sus labios.

Paré se acercaba con un largo instrumento en la mano, afilado como un cuchillo, con una punta agudísima, y cuyo mango de plata oprimía con mano nerviosa.

La angustia del célebre cirujano era indescriptible: á cada instante temía que la reina Catalina quisiera invadir la cámara; mas el silencio era completo, al ménos por entonces.

Acercóse al rey, colocó aquella pobre y dolorida cabeza contra su pecho, é introdujo la punta del cuchillo en el lado izquierdo del cráneo.

Francisco lanzó un débil gemido.

—¿Es intolerable el dolor, señor? preguntó Paré en voz baja.

—Es grande... dijo el rey: pero yo le esperaba mayor... continuad.

La reina alzó al cielo sus ojos; su palidez era aun mayor que la de su marido; no se atrevía ni á moverse ni á respirar, y su corazón se destrozaba de dolor.

Un gesto de Paré la dió algun valor; aquel gesto decía de una manera elocuente:

—Esto va bien; mucho mejor de lo que yo esperaba.

El cuchillo corrió y cortó algunas líneas de aquella regia cabeza; un silencio sepulcral reinaba en la estancia.

De súbito, detrás de la reina y á la misma cabecera del lecho, se abrió la pared como por encanto y apareció la fatídica figura de Catalina de Médicis, seguida de los Guisas y de una multitud de caballeros, que fueron entrando en la estancia con el silencio de las sombras.

—¡Gran Dios! ¡Había aquí otra puerta! exclamó María.

—¡Todo se ha perdido! gimió Paré, dejando caer de su mano desfallecida el instrumento con que operaba.

—¡Continuad! dijo el duque de Guisa con imperio; mi hermano el cardenal y yo venimos para protegeros; no temais nada.

—¡Yo os prohibo que toqueis al rey! gritó Catalina; á los reyes de Francia se les hiere solamente en el campo de batalla.

—¡Imposible! murmuró Paré.

—¡Yo, que soy la reina, exclamó María Estuardo, os mando que continuéis!

—¡Imposible! repitió Paré, y añadió con acento lúgubre:

—Dentro de muy breve tiempo no habrá en Francia otro rey que Cárlos IX, bajo la regencia de su madre.

En aquel instante el rey dió un grito agudo, se incorporó en el lecho, pronunció el dulce nombre de María, y cayó desplomado sobre las almohadas.

—¡Señora, habeis muerto á vuestro hijo! gritó la reina, precipitándose ciega de dolor hacia Catalina de Médicis.

Esta la recibió con una mirada helada y ponzoñosa, en la que se reflejaba el odio que durante dieciocho meses había acumulado en su alma.

—Mi querida niña, la dijo: ¿vos pensábais acaso

que yo vivo desprevenida? Esa es *mi puerta*, y si ignorábais su existencia, no es mía la culpa; mas permitidme un consejo; ya no sois reina, y no teneis derecho alguno para hablar como hasta ahora lo habeis hecho; sólo sois reina de Escocia, adonde procuraremos enviaros lo antes posible para que reineis entre vuestras nieblas. Señores, añadió volviéndose á los Guisas: vuestra dominacion acabó; los Estados que hasta hoy eran vuestros, ahora son nuestros; el señor de Borbon es el teniente general del reino, y yo regente, durante la menor edad de mi hijo Carlos IX. Pero vos, señor de Guisa, sois todavía gran maestro, y debeis cumplir con vuestro deber; anunciad la muerte del rey Francisco II.

—¡El rey ha muerto! dijo el duque de Guisa con voz sorda y profunda.

El rey de armas repitió desde el umbral de la puerta:

—¡El rey ha muerto!

Y en seguida el primer gentil hombre añadió:

—¡Viva el rey!

En aquel instante llegó la camarera mayor de Catalina, señora de Fiesque, trayendo al duque de Orleans.

Catalina le tomó de la mano y se colocó con ademán altivo al frente de los cortesanos, que gritaron:

—¡Viva el rey Carlos IX!

Todos abandonaron el salon.

—¡Ah! murmuró María Estuardo, que sollozaba de rodillas delante del lecho, besando la mano ya fria de Francisco II. ¡Nadie hay más que yo que llore por tí!

—Y yo, señora, dijo adelantándose con los ojos bañados en lágrimas el conde de Montgomery, que hasta entonces había estado oculto entre la multitud.

XIX.

Cuarenta dias despues de la gran catástrofe que privó á Francia de un rey que hubiera sido modelo de honradez y de virtudes, su desolada y jóven viuda salió de la córte, y, acompañada de su tío el cardenal de Lorena, partió á Reims.

A pesar de la violenta antipatía que la profesaba la reina madre, ésta no se atrevió á hacerla salir de palacio antes de terminarse los primeros dias del luto: en cuanto á María, no podía ver, sin estremecerse, á aquella madre que había ocasionado la muerte de su hijo para gobernar ella la Francia, y que había hundido su trono en el sepulcro.

Retirada en sus habitaciones pasó aquellos dias; pero los hermanos del rey, y sobre todo el nuevo rey, no la dejaban un instante sola.

Carlos IX, á pesar de ser aún un niño, mostraba

por María una pasión decidida, y poco después de la muerte de Francisco expresó, casi con una claridad completa, su deseo y su voluntad de casarse con la viuda de su hermano.

Puede figurarse el temor que aquella inclinación infundiría en la astuta y celosa Catalina: postergada siempre, primero á la condesa de Chateaubriand, después á la duquesa de Etampes y últimamente á Diana de Poitiers, el casamiento de su hijo mayor con la joven más hermosa de todas las familias reinantes de la época, acabó de oscurecerla y de relegarla al olvido.

Durante dieciocho meses había sido, no la segunda, sino la tercera figura de la corte, y detestaba á María tanto como la había amado cuando, al principio del casamiento de su hijo, creyó poder doblegar á los dos á sus miras.

María había incitado á la rebelión á su marido; María había despreciado el despotismo de la reina madre y se había reído de su cólera; su esposo había pagado con la vida el exceso del amor que la había tenido, y ella debía pagar con el destierro la influencia que sobre Francisco había ejercido.

Apenas pasados los primeros días del duelo, la reina madre entró una mañana en el cuarto de la joven viuda, y le intimó la orden de salir de palacio y de París.

—¡Qué daño os hago aquí, señora! exclamó dolorosamente la reina; ¿en qué os molesto?

—Os lo diré, repuso duramente Catalina: os habeis empeñado en seducir á mi hijo segundo, que ya desea ocupar el lugar de su difunto hermano y casarse con vos: esto no me conviene.

—Ni á mí tampoco, repuso María sonriendo dolorosamente.

—¿No os conviene ser reina de Francia?

—Desde que perdí á mi adorado Francisco, he renunciado á serlo.

—Entonces, ¿por qué os haceis la coqueta con el rey?

—¿Yo la coqueta? En todo el día se secan mis ojos.

—Vuestro espejo os habrá dicho que llorando estais también bonita.

—¿Y puedo yo cambiar mi cara?

—No deseo en manera alguna discutir con vos, repuso bruscamente Catalina; lo que deseo y os exijo es, que lo antes posible salgais de París.

—Señora, repuso María, podía apelar de tan injusta orden, y dirigirme al rey pidiéndole protección y amparo; soy la viuda de su hermano, y aun haciendo caso omiso del afecto que decís me tiene, por sola aquella razón creo que me la daría; mas, libreme Dios de indisponer á un hijo con su madre; saldré de París dentro de dos días.

—Cuento con vuestra promesa, dijo Catalina; y de paso os advierto que sería en vano el que tratáseis de alucinar al rey; nada puede hoy; soy la re-

gente, ó lo que es lo mismo, soy el poder supremo.

Dicho esto salió de la cámara, y María, dejando caer el rostro entre las manos, echó á llorar.

Pronto, sin embargo, se hizo superior á su afliccion, y levantándose se puso á hacer sus preparativos de marcha.

La condesa Dagelle, su dama de honor de confianza, la ayudaba y la aconsejaba la serenidad, pintándole la dicha de su madre al volverla á ver y la que ella misma debía experimentar.

La jóven era altiva, y poco á poco se fué consolando, ó más bien, el deseo de separarse de aquella violenta y cruel mujer que regentaba la Francia, adormeció su dolor.

En fin, dos dias despues de su conversacion con Catalina y segun había prometido á aquélla, salió de Paris, y se fué á Reims con su tío el cardenal de Lorena.

En el triste y severo palacio del cardenal la agobiaba mucho más la tristeza que en el Louvre; los Guisas, como todos los hombres ambiciosos, estaban del todo dedicados á crecer en su fortuna; el cardenal, austero excepto en lo que tocaba á su intimidad con Catalina, á la sazón regente de Francia, vivía en Reims como un cartujo, y sólo en la córte desplegaba el fausto de un príncipe rico, ambicioso y galante.

La pobre María, que no podía resolverse á dejar aquella Francia alegre donde había sido tan di-

chosa, sintió la doble soledad de la orfandad y de la viudez; aislada todo el dia, pintaba, leía y hacía versos, distrayendo así el tedio y la mortal melancolía que la abrumaban; mas á pesar de esto, muchas horas pasaba llorando por aquel jóven y malogrado esposo que la había dedicado tan verdadera y ciega idolatría.

Algunos caballeros franceses la habían seguido á su destierro y formaban su córte; sin embargo, no era grande su número, pues era necesario una gran adhesion y un valor á toda prueba para desafiar abiertamente las iras de la regente, dejándola á ella á fin de acompañar la soledad de la viuda de su hijo.

En vano aquellos fieles amigos se esforzaban en divertir á María; su carácter, naturalmente melancólico, no la permitía distraerse sino con su misma melancolía.

El haberla seguido algunos caballeros franceses, casi todos jóvenes y de bella figura, dió lugar á que se ejercitasen la mordacidad y el odio de Catalina; porque aquella fatal mujer no podía vivir sin herir á alguno, en revancha sin duda de lo mucho que ella había sufrido.

Empezaron á correr en la córte rumores acerca de la sensibilidad y dulzura extremadas de la reina viuda; y aquellos rumores, sordos al empezar, pero llenos de perfidia, fueron creciendo bajo alguna secreta y fatal influencia, como crece una hoguera al

impulso del viento casi imperceptible de una abrasada noche de estío.

Un acontecimiento insignificante por sí, pero que mirado á la pérvida luz de la maledicencia significaba mucho, llegó á comprometer seriamente la reputacion de aquella pobre jóven, que á los dieciocho años se hallaba sola, sin amparo, sin guía ni consejo, en tierra extranjera, y privada allí de todo afecto legítimo y protector. Diana de Poitiers, la antigua favorita del rey Enrique, llevada del afecto que desde niña la había profesado y dolida del aislamiento en que se hallaba, salió de su castillo y fué á verla á Reims con una escolta de caballeros y damas de honor.

María, reanimada por aquel recuerdo de más brillantes tiempos, retuvo á la comitiva en el palacio de Lorena, estando á la sazón el Cardenal en Paris.

La indignacion del prelado al saber que su casa servía de albergue á Diana y á sus amigos, no conoció límites; animado por Catalina, á cuyo servicio lo mismo él que su hermano se habían vuelto á consagrar en cuerpo y alma, marchó al instante á Reims, colmó á su sobrina de dicitos, y la ordenó que despidiese á aquella *turba escandalosa*; tales fueron sus palabras.

María se resistió á semejante exigencia, y entonces el enojo del Cardenal creció hasta un extremo increíble, recordando á su sobrina que se hallaba

en su casa y que podía despedirla cuando bien le pareciese.

En seguida él mismo intimó á la duquesa la orden de abandonar el palacio.

Diana de Poitiers se rió mucho de aquella muestra de grosería, y despidiéndose afectuosamente de la jóven viuda, abandonó á Reims con su brillante séquito.

A pesar de la malevolencia y de la envidia, que se empeñaban en arrojar de Francia á María Estuardo, ésta tenía allí vivas y profundas simpatías; la dulzura de su carácter, su bondad, sus encantos, la hacían dueña de todos los corazones; aquella belleza prodigiosa, como dice Brantome, historiador y amigo de la infortunada jóven, excitaba á su sola vista una simpatía irresistible, que despues convertía en pasión la dulzura de su voz y la gracia infantil de su carácter y de sus maneras.

Catalina de Médicis sabía esto, y lo sabía tan bien, que acaso era una de las causas de su odio los amores que María había hecho nacer desde que la muerte la había dejado viuda; pero la certeza de lo adorada que era la reina de Escocia la contuvo algun tanto en su persecucion, y hubo de resignarse á que, como viuda del rey de Francia, los Estados la señalasen veinte mil libras de renta, que debía cobrar en Turena y en el Poitou; se la dejaron además todas las alhajas de la corona, propias y hereditarias de las reinas de Francia; todas las que

le había regalado el padre de su esposo, y todas las que el mismo Francisco le había dado, que eran en cantidad fabulosa y riquísimas; Catalina no se atrevió á recoger las que ella misma le dió, y el total componía un tesoro en pedrería, tan rico como ninguna otra soberana del mundo podía poseerlo.

Mas ¡ay! belleza, juventud, opulencia, talento y bondad de corazón; todo, todo debía quedar sepultado en el abismo de la más terrible y completa desventura.

XX.

En tanto que en Francia se daban por los crueles enemigos de María Estuardo los primeros golpes á su reputacion y se la arrebatava poco á poco la limpidez de su honor, bien el más precioso de una mujer, en Inglaterra rugía el monstruo que la debía conducir al cadalso, y acechaba su llegada al vecino reino de Escocia, adonde sabía que debía tardar poco en llegar, con el firme designio de devorarla.

Isabel Tudor, la hija del cruel Enrique VIII y de la desgraciada Ana Bolena, ocupaba el trono inglés, y odiaba á María desde que sabía pensar; ambas eran primas, pero no se habían visto jamás, pues María Estuardo había sido llevada á Francia,

como ya sabemos, cuando aun se hallaba en la cuna.

Isabel Tudor tenía nueve años más que María, y era su antitesis en todas las prendas del alma y del cuerpo; había llegado á los veintisiete años sin querer aceptar ningun matrimonio, y detestaba sobre todo á María por los amores que inspiraba y por su gran belleza, pues ella no tenía ninguna, aunque su figura era gallarda y majestuosa.

En tanto que la jóven reina pasaba en Reims los primeros meses de su viudez, su madre, María de Lorena, regente de Escocia, bajó al sepulcro, abrumada de disgustos, á causa de las agitaciones que los reformistas sostenían con los católicos; á la vez, los escoceses empezaron á pedir su soberana; los Guisas trataron de persuadirla de que hacía falta en su reino. María comprendió que era así en efecto, y la reina de Inglaterra ordenó apresar gentes que arrestasen á la jóven reina de Escocia, si pasaba para ir á ocupar su trono, vacío.

María, amenazada por todas partes, no se cuidaba sin embargo del abismo que se abría á sus pies, ni adivinaba siquiera que pudiera caer en él; se sentía amada y esto la daba seguridad y confianza; entre los señores franceses que la rodeaban en Reims, había dos que estaban ciegameente prendados de su hermosura, y que se lo demostraban por todos los medios posibles; eran el marqués Dambille y el señor de Chastelard.

Muerta la reina María Tudor cuando la época del casamiento de María Estuardo con el delfin de Francia, ascendió al trono su hermana Isabel, cuyo nacimiento era tenido por ilegítimo por los católicos, y lo era en efecto, puesto que el rey su padre se había casado con Ana Bolena viviendo aún su primera esposa, Catalina de Aragon. María Estuardo habló alguna vez de sus derechos á la corona de Inglaterra, como nieta de una hermana de Enrique VIII, y su madre, María de Lorena, sostenía que su hija tenía derechos, por lo ménos tan legítimos como los de Isabel; ésta habia ido acumulando hiel en el alma contra aquella niña que le disputaba el trono, y cuando ella fué declarada reina por el Parlamento inglés, que reconoció sus derechos, juró que se había de vengar de ella si la suerte la ponía bajo su poder.

No parecía esto por entonces cosa fácil; María Estuardo estaba llamada á ocupar un trono poderoso; y además, su suegro, Enrique II, se rió mucho de la decision del Parlamento inglés; dijo que para él no suponía nada, y mientras se hacian valer eficazmente los derechos de la delfina, la hizo tomar públicamente el título y las armas de reina de Inglaterra.

Desde entonces María hizo encabezar de esta suerte todos los decretos y documentos que expedía.

En nombre de Francisco y de María, reyes de Escocia, de Inglaterra y de Irlanda, etc., etc.

Isabel, reina ya, se quejó en vano de esta conducta al rey de Francia: este monarca se reía de sus quejas y decía, que Isabel sería reina hasta el día que él quisiera arrojarla del trono, y poner en él á la esposa de su hijo.

Mas cuando pensaba seriamente en esto, la lanza de Montgomery puso fin á su vida, y colocó en el trono de Francia á la que él quería sentar en el de Inglaterra.

Ya sabemos cuán poco tiempo la dejó ocupar lo su enemigo destino, y cómo quedó viuda á los dieciocho años, y obligada á buscar un asilo en el pequeño reino de su padre.

Isabel saltó de alegría al saber que María estaba huérfana, viuda, y que iba casi á constituirse bajo su poder; y aunque ordenó que fuese una escuadra para hacerla prisionera, á la vez mandó, con la refinada hipocresía que era el distintivo de su carácter, que se aprestasen para ir á cumplimentarla, á su paso por las costas de Inglaterra, algunos caballeros de la primera nobleza.

María, agobiada, intimidada con las calumnias de que estaba siendo objeto, aturdida con las hablillas que desgarraban su reputacion y que llegaban á sus oídos, tomó el partido de renunciar á las pretensiones que no podía sostener: comenzó por dejar las armas y el título de reina de Inglaterra, y se retiró á un monasterio de Reims, del cual era abadesa una de sus tías, creyendo así conjurar la

tempestad que por todas partes se levantaba contra ella.

La Escocia, salvaje, calvinista y dominada por Juan Kuox, religionario montaraz, la causaba un terror invencible, y su resolucion de ir á ocupar el trono vacio de su padre desapareció al saber que, muerta su madre, se hallaba sola entre aquellas hordas salvajes.

Prefería un encierro en Francia, su patria adoptiva, al trono de Escocia; pero la desgraciada jóven no era dueña de elegir su suerte; la política artificiosa de los Guisas y el odio de Catalina la obligaron á regresar á su país natal, intimándole clara y absolutamente la órden de abandonar la Francia.

Entonces la reina viuda hizo pedir á la de Inglaterra un salvo conducto, que le fué negado, aunque con la mayor cortesía, y decidida ya á partir, aun sin seguridad alguna personal, fué á San German á despedirse de la córte, en la que pasó dos dias.

Catalina de Médicis, avisada de la llegada de María, alejó al jóven rey para que no la viese, en la seguridad de que Carlos IX se hubiera opuesto absolutamente á que se marchase; lejos ya este riesgo, la recibió con aparente afecto, y reunió á todo lo que más brillaba en derredor suyo, en la apariencia, para que ofreciesen á María el postrer homenaje de su respeto, y en realidad para que

la desventurada jóven sintiese más amargamente lo que iba á dejar.

María recibió mil pruebas de amor y de ternura al tomar su coche para alejarse; todos lloraban y besaban sus manos; damas y caballeros la asediaban pidiéndole una memoria suya; la jóven desabrochó un collar de perlas finas que ceñía su lindo y esbelto cuello, rompió el hilo que las unía, y dió una perla á cada uno de los presentes, y el broche, que era de gran valor, á la princesa Margarita, que lloraba asida á su brazo y la pedía que la llevase consigo.

—¡Pluguiese á Dios que tu madre te confiase á mi amor! exclamó María, abrazándola tiernamente.

—Allí no hay más que un trono para vos, hija mia; respondió Catalina con una amarga sonrisa, y Margarita tiene aquí otro que la espera.

Al fin, la reina de Escocia pudo arrancarse de aquellos lugares queridos, y la regente de Francia la despidió con una mirada llena de hiel y de encono, y con una sonrisa de orgulloso triunfo.

A mediados de Agosto se embarcó María en Calais, para regresar á su patria. Muchos nobles franceses se ofrecieron á acompañarla hasta su reino, y entre ellos se hallaban el historiador Brantome y los señores Dambille y Chastelard.

Al llegar á Calais halló dos galeras que la estaban esperando para hacerse á la vela, y además á sus tios el duque de Guisa y el cardenal de Lore-

na que iban á acompañarla hasta la frontera de Escocia.

La mejor parte de aquella córte elegante y caballeresca se agrupó tambien al derredor de María Estuardo al tiempo de partir; y ésta, que había arrancado ocho meses día por día para no salir de Francia á la terrible regente y á sus tíos, permaneció aún otros seis, no pudiendo resolverse á dejar aquel país, donde tan dichosa y tan amada había sido.

Fijóse al fin la marcha para el 15 de Agosto: al tiempo de ir á entrar en el buque, el cardenal de Lorena se acercó á su sobrina y le dijo á media voz:

—Yo desearía, hija mia, que como medida de prudencia me entregáseis vuestros diamantes, pues siendo tantos y tan ricos, corren gran riesgo de perderse si naufragais ó sois hecha prisionera.

La reina fijó en su tío una mirada en la que brillaban la indignacion y el desprecio, y respondió, de modo que pudiera ser oída por todos:

—Mis pedrerías, señor Cardenal, no valen más que yo, y pueden muy bien correr los mismos riesgos que mi persona.

Dicho esto puso el pie en el buque que debía llevársela y dió á besar su mano á todos los que la habían escoltado desde Francia, como una muestra de gratitud á su lealtad y como una triste despedida.

—Todos los nobles se arrodillaron ante ella, y, tristes y respetuosos, besaron aquella mano adorada.

El último fué el conde de Montgomery, el mismo que había dado muerte al rey de Francia, y que era la causa de todas las desdichas de María; porque si él no hubiera muerto á Enrique II, éste hubiera tenido cuidado de la curacion de su hijo, y Francisco no hubiera muerto por los artificios de su ambiciosa madre.

La jóven reina, en cuyo corazon no había entrado aún ningun sentimiento de odio, le acogió con cariñosa benevolencia.

—¿Dónde estábais que no os he visto, señor conde? le preguntó:

—He venido, señora, entre la comitiva de V. M.

—¿Quereis acompañarme á mi pobre Escocia con las demás personas que me siguen?

—Yo les envidio esta dicha, señora; pero no me es posible disfrutar de ella.

—¿Por qué? ¿Lo puedo saber?

—Diana de Castro me espera; va á entrar en el convento de San Quintín.

—Id, pues, á su lado, señor conde; ella ha sido tan desdichada como yo... tomad, señor conde, dadle esto en memoria mia, y Dios os acompañe.

La reina se quitó una sortija, que entregó á Gabriel, y volviéndose al señor de Mevillon, que esperaba respetuosamente sus órdenes, dijo con voz ahogada:

—¡Partamos! es preciso; ¡partamos!

Todos los señores que debían acompañarla pasaron á bordo, con gran envidia de los que se quedaban.

La galera real se dió á la vela y María, de pie en la proa, saludaba con su blanco pañuelo á los que se quedaban en la orilla: de vez en cuando llevaba aquel mismo pañuelo á los ojos, para enjugar las lágrimas que en abundancia corrían por sus mejillas.

Cuando ya estuvo en alta mar dirigió la vista á una embarcacion que iba á entrar en el puerto de donde ella acababa de salir; de pronto tembló el buque, como si hubiera chocado con un oculto escollo, conmovióse desde la quilla hasta la arboladura, y empezó á irse á pique entre los gritos de la tripulacion: todo esto fué tan instantáneo, que antes de que el señor de Mevillon hubiera podido mandar echar una lancha para socorrer al buque, había desaparecido.

—¡Oh, Dios! gimió María con sofocado acento: ¡qué presagio tan triste!

Despues, viendo que la galera se alejaba rápidamente de la tierra, se acercó á la popa, y fijando en el puerto sus ojos llenos de lágrimas, exclamó:

—¡Adios, Francia! ¡Adios, mi adorada Francia! ¡Adios!

Allí permaneció por espacio de cinco horas: y sin duda no se hubiera movido de aquel sitio hasta

que, siendo ya el anochecer, fué Brantome á decirle que la esperaban para cenar.

Entonces María echó á llorar amargamente y exclamó:

—¡Oh, Francia mia! ¡Ahora es cuando te voy á perder para siempre! La noche, celosa de mis últimos momentos de dicha, nos envuelve en su negro manto! ¡Adios, mi patria adoptiva y patria de mi primero é inolvidable amor! ¡Adios! ¡Ya no volveré á verte!

Despidió entonces al Sr. Brantome, diciéndole que le seguía al instante, y sacando del bolsillo sus tablillas y un lapicero, escribió algunos versos al último resplandor del crepúsculo.

Bajó despues al comedor y dijo á los que la esperaban, con una triste y encantadora sonrisa:

—He hecho todo lo contrario que la reina de Cartago; pues Dido, cuando se alejaba Eneas, no podía separar su vista de la olas, y yo no podía separarla de la tierra.

Rehusó sentarse á la mesa, y sin tomar nada se retiró á su cámara, encargando al timonel llamase á la puerta al divisar las primeras luces del alba, si es que aun se veía la tierra.

La fortuna fué propicia al amoroso empeño de María: el viento había cesado, y la galera, conducida al remo, adelantó tan poco, que al amanecer aun se veía la Francia.

El timonel llamó á la puerta de la cámara de

la reina, según ésta le había ordenado, pero la vió entreabierta, y á la reina sentada y mirando por la ventana, medio cerrada, las costas que acababa de abandonar.

El viento arreció muy pronto, y se perdió la tierra de vista.

María alimentó aún una loca esperanza, hija de su vivaz y apasionada imaginación: deseaba que se divisase la flota inglesa que había salido para apresarla y que sus galeras tuviesen que volver atrás; pero, Dios no lo quiso así: una niebla tan espesa que no dejaba divisar nada descendió como por milagro sobre el mar, y navegaron á la ventura, expuestos á perder el rumbo, pero también en la seguridad de no ser vistos por sus enemigos.

Al disiparse la niebla, pasados tres días, se hallaron en medio de unas rocas, donde había gran peligro de estrellarse: el piloto entonces tomó altura, reconoció que estaban en las costas de Escocia, y sacando la galera de entre los arrecifes, arribó á Leith cerca de Edimburgo.

Nadie esperaba allí la llegada de María; así es, que para llegar á Edimburgo la fué preciso, lo mismo que á su comitiva, contentarse con miserables cabalgaduras, que carecían de bridas y hasta de estribos.

María derramó algunas lágrimas al comparar lo que veía con los magníficos palafreos de Francia;

pero muy pronto, con su gracia encantadora, trató de sonreírse á través de su llanto y dijo:

—Es preciso soportar la desgracia con paciencia, pues he cambiado mi paraíso por un infierno; al ménos, veo al lado mio muchas personas que me aman.

XXI.

Hemos llegado á la segunda época de la vida de María Estuardo.

Su carácter ligero, imprudente y enemigo de todo miramiento, que se había indicado ya en Francia, se dió á conocer de un modo fatal desde su llegada al pequeño y sombrío reino que era la herencia de su padre.

Dotada de un corazón tierno y sensible, de elevación de alma, de generosidad y de un dulce carácter, María Estuardo no fué ni una mujer superior ni tampoco una mujer virtuosa; su imaginación, demasiado viva, y una irresistible necesidad de querer, la tenían con una sed insaciable de amar y de ser amada.

Carecía absolutamente de la madurez y la reflexión, tan necesarias en una soberana, y teniendo un talento sobresaliente, cometía desacierto tras de